

Hermenéutica analógica como política de interpretación¹

Resumen: Este trabajo tiene por objetivo responder al problema de la falta de sentido en el que se ve inmerso nuestro tiempo presente. Consideramos que la propuesta de Mauricio Beuchot, de una hermenéutica analógica, pensada aquí como política de la interpretación, es la mejor opción para problematizar y proponer respuestas al estado de situación actual, ya que evita desbordes que nos lleven hacia la incommensurabilidad, y que cierren el paso a una acción transformadora, que, al mismo tiempo, sea acción constructora de nuevos campos semánticos. Para esto, pondremos en tensión a la modernidad caracterizada como univocista, con la posmodernidad –regulada desde la tríada: relativismo-escepticismo-nihilismo– de tipo equivocista. Será importante tener en cuenta el valor que aquí le otorgamos al contexto de producción e interpretación textual, el cual se vuelve punto de referencia siempre necesario, que niega toda idea equivocista, sobre una semiosis sin fin.

Palabras clave: Hermenéutica analógica, contexto de producción e interpretación, modernidad, posmodernidad, acción transformadora.

Abstract: This paper aims to address the problem of the lack of direction in which they are immersed our present time. We believe that the proposal of Mauricio Beuchot, an analog hermeneutics, designed here as policy interpretation, the best option is to problematize and propose responses to the current state of affairs, as it prevents us to overflowing with incommensurability, and to close step to transforming action, at the same time, action is construction of new semantic fields. For this, we will put in tension with modernity characterized as interpretative restriction with postmodernism –regulated from the triad– skeptically relativism nihilism of equivocista type. It will be important to note here that the value we attach to the context of textual production and interpretation, which becomes the reference point always necessary, which denies any equivocista idea on an endless semiosis.

Keywords: Analog hermeneutics, context of production and interpretation, modernity, postmodernity, transformative action.

¹ El presente artículo ha sido publicado previamente en N. Conde Gaxiola (comp.), *Parámetros de una hermenéutica analógica*, México, Torres y Asociados, 2012, pp. 9-23. Se incluye en nuestra publicación por tratarse de un trabajo presentado en el I Coloquio de Hermenéutica analógica [nota del editor].

Hermenéutica, contexto de producción y contexto de interpretación textual

Me gustaría, fundamentalmente, esquematizar, fuera de toda sistematización, este asunto –y permítaseme llamarlo, al momento, asunto– de la hermenéutica. Esta disciplina de la interpretación y de la comprensión que vira del arte a la ciencia, de la ciencia al arte, y que ha concentrado su más atenta escucha y aplicación, antes que nada, en la interpretación de textos. Claro que esta noción de texto ha ido mutando hacia diversas formas. Señala Mauricio Beuchot:

“Los textos no son sólo escritos, como ha sido lo usual, sino también los hablados –en los que ha insistido Gadamer–, los actuados –las acciones significativas, de Ricoeur– y aún de otros tipos: un poema, una pintura y una pieza de teatro son ejemplos de textos”².

Esta experiencia –llamémosle ahora experiencia–, hermenéutica, ha descubierto su condición de posibilidad en la polisemia, esto es, en la diversidad de significaciones e interpretaciones subjetivas que sobre un texto se pueden hacer. He aquí el lugar del lector o intérprete, el cual entra en relación vital con el objeto interpretado: su texto. Será este último, en conjunción con su autor, el eje y el sostén de toda interpretación, aunque sin perder de vista que en cada nueva interpretación convive la posibilidad de una nueva producción comprensiva. En palabras de Mauricio Beuchot:

“tenemos ya tres cosas en la interpretación: 1) el texto (con el significado que encierra y vehicula), 2) el autor y 3) el intérprete [...]; el lector o intérprete tiene que descifrar, con un código, el contenido significativo que dio al *texto* el autor o escritor, y colocar este texto en su *contexto*, para que adquiera el significado que el autor quiso darle, pero sin perder la conciencia de que él (el lector o intérprete) le da también un significado o matiz subjetivo”³.

A esta tarea hermenéutica, Beuchot la llama: *descontextualizar para recontextualizar*. Se *descontextualiza* el contexto de producción, y se *recontextualiza*

² M. BEUCHOT, *Perfiles esenciales de la hermenéutica*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 33.

³ M. BEUCHOT, *Perfiles esenciales de la hermenéutica*, p. 34.

–como acontecimiento dinámico y vital– el contexto de interpretación. Ambas acciones se efectúan dentro de un contexto o de una racionalidad específica. Lo diré de otra manera, buscando claridad al asunto: el lector o intérprete –el cual se encuentra en un contexto determinado– descontextualiza el contexto desde donde se ha producido un texto, recontextualizándolo desde su propio contexto. Esto es, interpreta *produciendo* nuevas significaciones. He aquí, el punto que resulta crucial para dar una apertura mayor a nuestro trabajo. Me refiero, específicamente, al contexto de producción textual, y al contexto de interpretación textual⁴.

Entiendo por contexto de producción e interpretación, el marco semántico referencial de posibilidad y de aceptabilidad en el cual hemos de producir y/o interpretar textualmente, trátase de una obra escrita o de una escultura, de una acción significativa, o de un asunto que hace posible el diálogo. Hacemos referencia aquí, a la dimensión de lingüisticidad omnia-barcativa, que posibilita nuestra comprensión y relación con el mundo. Podemos hablar también –continuando por el camino gadameriano– sobre el rol que cumple la tradición, la cual rebasa la mera noción de tiempo pasado, volviéndose condición de posibilidad de todo cálculo reflexivo. “Tradición, es para Gadamer, mucho más que pasado; es la propia condición de posibilidad de la reflexión, en tanto que está mediatizada por ella”⁵. Se trata, a fin de cuentas, de la *racionalidad* que posibilita toda acción. Podríamos agregar a esto que a cada formación cultural le corresponde su propio sistema de interpretación, como así también, su propio sistema de producción textual, el cual se encuentra, en cierta forma, predeterminado por un universo simbólico que rara vez vislumbramos lucidamente. Vénganse, pues, las preguntas que como una fatalidad nos vemos en obligación de responder: ¿cuál es el sistema de producción e interpretación al cual pertenecemos nosotros; en el cual actuamos, pensamos y decimos?; ¿es posible acaso, desde nuestra comprensión lingüística del mundo, interpretar todo de cualquier forma, y que toda forma sea interpretación viable?; ¿no existe límite a la denominada *semiosis infinita*, la cual hace de nuestro presente un espacio-tiempo fuera de todo anclaje?; ¿es posible pensar en una experiencia vital sin fundamento ni orientación alguna, y hablar al mismo tiempo de un contexto de producción e interpretación como marco referencial de la acción humana?

⁴ Es necesario no perder de vista las variaciones iniciales que sobre la noción de *texto* hemos realizado.

⁵ Cf. J. RECAS BAYÓN, “El concepto gadameriano de verdad”, en *Anales del Seminario de Metafísica*, n. 26, 1992, Ed. Universitaria Complutense, Madrid.

En los siguientes apartados, buscaremos dar respuesta a estos interrogantes, auxiliándonos en la reflexión filosófica actual, la hermenéutica, y específicamente, en la hermenéutica analógica, que como propuesta de interpretación matizada, nos ha presentado Mauricio Beuchot.

No hay hechos, sólo interpretaciones

En una entrevista realizada a Beuchot, el autor nos muestra que:

“en nuestro momento actual, que llamamos tardomodernidad o posmodernidad, tenemos una presencia muy fuerte de la hermenéutica [...], después de la modernidad, en la que se aposentó una hermenéutica univocista, ahora proliferan hermenéuticas de cuño equivocista”⁶.

Reconocemos, pues, esta pléthora interpretativa del significado –instancia que al momento podemos llamar equivocista– como una de las características medulares de nuestro tiempo presente, en el que actuamos, pensamos y decimos. Por lo cual –retomando los interrogantes que buscamos responder–, podemos afirmar que nuestro contexto de producción e interpretación textual tiene por cualidad inmanente la *interpretación* que dice que *todo es interpretación*; que –a la manera nietzscheana– *no hay hechos, sino tan sólo interpretaciones*. En otras palabras, “no hay nada absolutamente primario que interpretar, pues en el fondo, todo es ya interpretación; cada signo es en sí mismo no la cosa que se ofrece a la interpretación, sino interpretación de otros signos”⁷.

Parece ser que, frente a este escenario actual –que ha estallado hacia un *horizonte sin horizonte*, el cual se dispuso como diseminación o deriva infinita⁸–, hemos perdido todo tipo de fundamento u orientación posible. Tan sólo se trata de interpretaciones, exclama el *dictum*. Ahora bien, sin anclaje alguno, ¿cómo es posible pensar *algo* común; un *ethos* que nos valga como experiencia

⁶ Cf. M. BEUCHOT, “Hermenéutica analógica: una política interpretativa para nuestro presente” (Entrevista con José Luis Jerez), en M. Beuchot, J.-L. Jerez, *Hermenéutica analógico-contextual de cara al presente: conversaciones*, Neuquén, Círculo Hermenéutico, 2013, pp. 101-115.

⁷ Cf. M. FOUCAULT, “Nietzsche, Freud y Marx”, en *Revista Eco* 9-113/5, Bogotá.

⁸ *Diseminación* es el nombre que recibe la operación *derrideana* que consiste en abrirse hacia una pluralidad semántica que supera incluso los límites –si es que los tiene– de la polisemia, haciendo estallar la noción misma de sentido, sobre el cual han pretendido fundarse y organizarse todos los discursos racionales.

cultural, que hable de nuestra condición de posibilidad de producción e interpretación textual, etc.? De ser esto así, se traza una contradicción insoslayable, puesto que no es posible negar una suerte de contextualización, o de sistema que nos une. Existe, sin lugar a dudas, una *episteme*, un contexto, un sistema, en el cual se articula un conjunto indefinido de relaciones que unifican, en una época determinada, diversas expresiones y formaciones discursivas, las cuales dan forma a ciertas figuras epistemológicas de superficie, que nos sirven como sistemas de orientación y de posibilidad de acción. Es pues, a partir de estos contextos semánticos, desde donde se expresan nuestros modos de actuar, de pensar y de decir, de producir e interpretar textualmente.

Es entonces frente a esta afirmación –al momento superficial– de una *episteme* o sistema en común, que nos resistimos a la idea de una diseminación, la cual se despliega como *principio* intrínseco de nuestra actualidad. Si bien es cierto que la llamada posmodernidad ha abierto el campo semántico a una suerte de *conflicto de interpretaciones*, que ha dado lugar a un equivocismo enrolado en la tríada relativismo-escepticismo-nihilismo, no es cierto que vivimos la experiencia de una deriva infinita. Nuestra experiencia finita de comprensión hermenéutica con el mundo nos lo confirma. El abanico de elecciones de toda acción puede ser indefinido, más no infinito; y esto es lo que llamamos anteriormente contexto de producción e interpretación textual. Este contexto se resguarda bajo una *racionalidad* específica, la cual se vuelve *episteme* siempre actualizable, pero así también, condicionante, ofreciéndonos a gusto la ficción de una deriva infinita. Queda en nosotros reconocer que las *condiciones de posibilidad* y las *condiciones de aceptabilidad* de nuestra experiencia vital son un abanico que siempre tiende a cerrarse.

Comenzamos a responder los interrogantes iniciales. Aún sin saber con exactitud de qué se trata nuestro sistema actual de producción e interpretación textual, afirmamos al momento, que no todo puede ser interpretado de cualquier manera. Hay una frase que lo representa muy bien: “como diría Nietzsche, si Dios ha muerto, todo está permitido. Pero como diría Orwell, hay algunas cosas más permitidas que otras”⁹. Cabe sostener que la teoría de la semiosis sin fin, no es más –al menos en relación al tema que aquí tratamos– que un juego teórico, pues la *racionalidad* que nos contextualiza y nos precede, llamémosle ahora –sin *principio de identidad* que guíe esta relación– *tradicción* en el sentido gadameriano, que es condición de posibilidad de toda

⁹ Cf. E. GRÜNER, “Foucault: una política de la interpretación”, en M. Foucault, *Nietzsche, Freud y Marx*.

reflexión. En conclusión –y respondiendo a la pregunta final del apartado inicial–, claro que no es posible pensar en una experiencia vital sin fundamento ni orientación alguna, y hablar al mismo tiempo de un contexto de producción e interpretación como marco referencial de la acción humana. Esto nos llevaría al absurdo, pues el contexto de producción e interpretación textual es la referencia omisa de todo y cuanto se pueda manifestar.

Con todo, nos ha quedado una pregunta por responder, un interrogante que no busca resolverse en este trabajo –eso sería una ingenuidad–; aunque sí tenemos la pretensión de abrir una reflexión crítica sobre la pregunta que da inicio a la sucesión primaria de interrogantes que nos han guiado hasta aquí: ¿cuál es el sistema de producción e interpretación al cual pertenecemos nosotros; en el cual actuamos, pensamos y decimos?

Consideramos necesario entonces, y más que necesario, urgente, reflexionar sobre nuestro tiempo presente, para dar cuenta del por qué actuamos como actuamos, pensamos como pensamos, decimos como decimos, producimos lo que producimos, e interpretamos aquello que interpretamos. Se responderá de este modo acerca de cuáles son las condiciones de posibilidad y de aceptabilidad, de nuestra experiencia vital. Para este trabajo crítico y de concientización hermenéutica, será preciso contar con una *política de la interpretación* que abra el campo semántico a una interpretación que –como a mí me gusta decir– no desborde. En otras palabras, que encuentre la proporción y el equilibrio entre una interpretación univocista que se obstruye en sí misma, y una posición equivocista que, de tanto decir, parece no decirnos absolutamente nada. Es por esta razón que optamos por una hermenéutica de tipo analógica para deliberar sobre el asunto.

Ni tan sólo hechos, ni tan sólo interpretaciones

Tenemos, pues, la necesidad y urgencia de reflexionar críticamente sobre nuestro tiempo presente, el cual se nos ha hecho ostensible –desde lo que se ha denominado posmodernidad, en adelante–, como un espacio sin trama ni fundamento alguno. Hemos dicho también que esto no era tal, pues una contradicción de este tipo negaría la existencia de una *racionalidad* específica y común, la cual es condición de posibilidad de toda acción. En otras palabras –y en lenguaje corriente–, *hay un algo* que está ahí, que nos excede y se antepone a nosotros, atravesándonos, sirviéndonos de sostén de todo y cuanto podamos manifestar. No obstante, también “es cierto que, al abolir el *mundo verdadero*, Nietzsche abolió también el *mundo de las apariencias*, sólo dejó el de

la interpretación”¹⁰. Pero esto no implica –ya lo hemos dicho con anterioridad– una dispersión perpetua de sentido, pues siempre existe una *episteme* que nos sirve de amarre semántico, ya que en ella nos hallamos inscritos.

Nos servimos en este apartado de la exégesis de la hermenéutica analógica, para interpretar una proposición que también le pertenece a Nietzsche, que mencionamos líneas atrás, y que se liga con la cita anterior. Nos referimos a la expresión que dice que *no hay hechos, sólo interpretaciones*. Según Beuchot:

“ese aforismo no significa que sólo hay interpretaciones, sin hechos, así como no hay hechos sin interpretaciones; lo que hay son hechos interpretados, esto es, ni hechos puros, sin interpretaciones, como querían los positivistas, ni interpretaciones puras, sin hechos, como pretendían los románticos”¹¹.

En este sentido, Nietzsche “se opone a los positivistas, adoradores de los hechos, pero sin caer en las filas de los románticos, adoradores de la interpretación”¹². Según Beuchot, Nietzsche elude tanto a unos como a otros. Ni positivistas de dato puro, ni románticos de semiosis infinita. Ahora bien, ¿a dónde apuntamos con este aforismo que utilizamos como metáfora o símbolo de exploración, y que examinamos desde la hermenéutica analógica? Buscamos con ella y mediante ella, abrir la reflexión sobre nuestro presente denominado posmodernidad, al cual se le ha atribuido la designación de *crisis* de la razón, de los valores y del sentido, y que en consecuencia, se enmarcó en un conflicto de interpretaciones, el cual ha dejado al sentido mismo fuera de sus goznes.

Será preciso, entonces, volver un poco hacia atrás, hacia la modernidad, hacia ese cuerpo de producción de discursividades mayormente univocistas, que centraron todas sus fuerzas en la construcción positivista de un lenguaje perfecto y de una ciencia unificada, para –desde allí– volcarnos hacia la posmodernidad, la cual –en busca de una mitigación del pensamiento moderno– ha diseminando nuevas prácticas y nuevas discursividades, disolviendo todo

¹⁰ M. BEUCHOT, *Puentes hermenéuticos hacia las humanidades y la cultura*, México, Universidad Iberoamericana, 2006, p. 20.

¹¹ M. BEUCHOT, *Puentes hermenéuticos...*, p. 20.

¹² M. BEUCHOT, “La hermenéutica y su camino histórico hacia una hermenéutica analógica”, en R. Cúnsulo (ed.), *A cincuenta años de Verdad y método*. Balance y perspectivas, Tucumán, Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino, 2011, pp. 19-31.

tipo de fundamento, sea este metafísico, ontológico o epistemológico¹³. Ya lo ha dicho Jean Francois Lyotard, al hablarnos de la muerte de los metarrelatos que daban sentido a la modernidad. La ausencia de los metarrelatos será la característica fundamental de la posmodernidad: "Simplificando al máximo, se tiene por 'posmoderna' la incredulidad con respecto a los metarrelatos"¹⁴. Pero esta incredulidad sirvió de disparador para la creación de una multiplicidad indefinida de *micro* relatos, los cuales dispersaron las palabras hacia un sinsentido fuera de todo anclaje semántico. Según Beuchot, Lyotard nos hace ver que "ya no se busca la verdad en las ciencias, ni la objetividad, ni la realidad [...]. Ahora sólo queda el fragmento, la ilusión, apoyados por los medios masivos de comunicación"¹⁵. Es por esto que precisamos de una política de la interpretación que tenga como principio la analogía. Una hermenéutica analógica que abra el campo interpretativo hacia múltiples juegos de sentido. Pero no que se abra con el solo objetivo de una apertura deslizante, ni que se cierre sobre sí misma, sino que se disponga a una comprensión *phronética* que escape a los extremos que siempre cierran el paso. Por estas razones, pensamos que la hermenéutica analógica es nuestra mejor herramienta para no caer ni en el dogmatismo de los metarrelatos modernos, en tanto que discursividades univocistas; como tampoco en la inconmensurabilidad de microrrelatos fragmentarios de tratamiento equivocista.

Herменéutica analógica como política de la interpretación

Entendemos por *política de la interpretación*, toda aquella práctica exegética-eisegética¹⁶ productora de sentido, que vale como acción transformadora que, interpretando, *des*-totaliza lo que Foucault ha dado en llamar *regímenes de verdad*, *re*-totalizando un universo nuevo de significaciones. Se trata de aquellas prácticas que intervienen como acontecimiento de ruptura, pero al mismo tiem-

¹³ Según Beuchot, la analogía se presenta como coyuntura entre el univocismo de la modernidad y el equivocismo de la posmodernidad. No obstante, al realizar esta división, aclara que al distinguir la modernidad y la posmodernidad, se hace una abstracción forzada y ruda ya que habría que matizar muchas tonalidades dentro de una y otra.

¹⁴ J.-F. LYOTARD, *La condición posmoderna*. Informe sobre el saber, Madrid, Cátedra, 1987, p. 10.

¹⁵ M. BEUCHOT, *Perfiles esenciales de la hermenéutica*, p. 105.

¹⁶ La combinación de estas dos palabras (exégesis-eiségesis) tiene por objetivo poner en íntima relación la práctica interpretativa (exégesis) que busca extraer el significado de un texto dado de manera objetiva, con la práctica interpretativa (eiségesis), que inserta las interpretaciones personales y, por tanto, subjetivas, en un texto dado.

po, como estrategia de posibles construcciones de sentido, que desde la práctica misma, concreta y particular, alcanza cierta universalización semántica.

Según el pensamiento de Eduardo Grüner: “con las políticas de interpretación sucede, sencillamente, lo mismo que con la política a secas: o la hacemos nosotros, o nos resignamos a soportar lo que hacen los otros”¹⁷.

Hemos dicho que con la posmodernidad se ha abierto ampliamente el campo de sentido. Hemos oído hablar tanto del conflicto de las interpretaciones, como de la hermenéutica en tanto que lenguaje y/o filosofía común de nuestra actualidad (*koiné*). Se han llevado estas posturas a extremos equivocistas, en donde el perspectivismo moderno tomó el gesto del relativismo, y este a su vez, se volcó hacia un escepticismo con una pesada cuota de nihilismo. No obstante, esta *posición sin posición*, este horizonte fuera de todo horizonte, no puede ser tal, ya que resulta inverosímil obviar la existencia de la racionalidad y del sistema que nos sostiene, excede y precede, aventajándose siempre a cualquier maniobra o acción humana. Asimismo, resulta cierto que nuestro tiempo presente se caracteriza por su abstracción dentro de un campo de batalla interpretativo. He aquí entonces un atisbo de respuesta para la pregunta que aún debemos resolver: el sistema de producción e interpretación textual al que pertenecemos es el de la interpretación. Parafraseando a Beuchot, la hermenéutica es la *episteme* más presente en la posmodernidad. No obstante, tal como hemos afirmado, la experiencia hermenéutica históricamente se ha ajustado tanto por un lado, que no dejó lugar a su condición de posibilidad: la *acción transformadora*. Pues, así como la interpretación debe servir como guía para la acción transformadora, la acción transformadora es condición de posibilidad de toda interpretación¹⁸. Por otro lado, posicionamientos hermenéuticos opuestos han abierto tanto las grietas de la interpretación, que ésta no pudo más que caer en la fisura que han dejado. La hermenéutica analógica, en tanto que interpretación matizada y equilibrada,

“se opone al univocismo en el que se han encerrado los positivismo y científicismos, que operan un reduccionismo a ultranza, y

¹⁷ E. Grüner, “Foucault: una política de la interpretación”.

¹⁸ E. Grüner, en su Prólogo a “Nietzsche, Freud y Marx” de Michel Foucault, concluye que la Tesis XI de Marx: *Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de distintos modos, de lo que se trata es de transformarlo*, “no dice que se debe eliminar la interpretación a favor de una transformación espontaneísta e informe, dice algo mucho más fuerte: dice que la interpretación debe servir como guía para la acción transformadora, y dice al mismo tiempo que la acción transformadora es la condición *misma* de la interpretación”.

sólo quieren conocer lo que es claro y distinto, y aún exigen que haya una única interpretación válida [...], pero también se opone al equivocismo de los relativismos posmodernos, que diluyen todo saber en la inconmensurabilidad y conducen sus posturas completamente irracionales. En cambio, la analogicidad hace que la hermenéutica analógica no se quede en una única interpretación como válida, pero tampoco en todas como válidas y complementarias”¹⁹.

La hermenéutica analógica, en tanto que política de la interpretación, descontextualiza para recontextualizar, esto es, produce, creando nuevas significaciones. De esta manera, se da a la tarea crítico-reflexiva de transformación práctico-teórica. Es movida por la acción transformadora y tiene la fuerza para *des*-totalizar los *regímenes de verdad* que de manera unívoca se organizaron discursivamente dentro de la denominada modernidad. *Des*-totaliza *retotalizando* un mundo nuevo de sentidos que no cierre el diálogo por inconmensurabilidad de particularismos inconclusos, ni por abstracciones dogmáticas y universalistas. La hermenéutica analógica interviene en el conflicto de las interpretaciones, para dar cuenta del valor de la ontología, como también así, de una epistemología que sirvan de apoyo semántico en nuestro trato lingüístico con el mundo. La hermenéutica que nos propone Beuchot propicia el acontecimiento de ruptura, excepción, disrupción cognitiva, generando al mismo tiempo nuevas construcciones semánticas sobre las que poder afianzarse. En fin, reflexiona siempre desde la pragmática particular, en busca de lo concreto-universal, y no viceversa.

En conclusión, si el problema que vertebra nuestro tiempo actual es la ausencia de sentido, es necesario pensar desde una política hermenéutica, transformadora, crítico-reflexiva, pero también de tipo analógica. Es por esto mismo que necesitamos tanto de una *hermenéutica* que aporte el lenguaje de la interpretación y la transformación hacia nuevas significaciones, como así también, de la *analogía*, que se entregue con carácter y *phronéticamente* sobre *algo* concreto, sin dedicarse tan sólo a dispersar *semas* como hojas que se agitan en el viento.

José Luis JEREZ

¹⁹ E. AGUAYO, “La hermenéutica filosófica de Mauricio Beuchot”, en M. Beuchot, *Puentes hermenéuticos hacia las humanidades y la cultura*, pp. 117ss.